

LA NACION
Diario independiente, fundado en 1946

Editorial

L.N. 26.9.86

El Presidente en la ONU

El discurso pronunciado el miércoles por el Presidente Oscar Arias ante la Asamblea General de Naciones Unidas, se afina en dos vertientes fundamentales: una, que se eleva a partir de un gran énfasis en la libertad y la democracia, dedicada a los problemas del istmo; otra, que descansa en conceptos usuales en el vocabulario de la organización, dirigida a tratar una diversidad de temas mundiales. En ésta surgen concesiones a la "mayoría automática" de la Asamblea, algunas inconsistencias y generalizaciones demasiado amplias. Sin embargo, ninguna de estas debilidades disminuye la primera parte del mensaje, aquella que analiza y define los problemas más acuciantes a que se enfrenta Centroamérica, y que da a su enunciación un carácter excepcional.

Es poco frecuente que un Mandatario acuda a la Asamblea General de la ONU para hablar con tanta claridad sobre un problema, como lo ha hecho el presidente Arias sobre Centroamérica. Y es poco frecuente también que, en un foro caracterizado por la enorme influencia de regímenes dictatoriales, autocráticos o totalitarios, la base en que se asiente la definición sea una defensa a fondo de la libertad y la democracia.

En efecto, en lo que creemos es una interpretación precisa del sentir mayoritario de nuestro pueblo y, por tanto, un verdadero "mandato" —para utilizar su vocabulario—, el presidente Arias enarbolaba sin complejos o tímideces uno de los valores fundamentales de nuestra convivencia y de la Carta de Naciones Unidas —la libertad—, lo define como fuente suprema de legitimidad política, y desde él analiza los conflictos del istmo y el papel que, en ellos, juega Costa Rica.

"Traigo aquí la alegría de una nación que ve como única esperanza de paz para las Américas, que la democracia, con justicia, llegue a reinar en toda su geografía."

A partir de aquí el discurso aclara una serie de nebulosas que han oscurecido el problema centroamericano en la ONU. Primero, enuncia sin ambages que la única forma de alcanzar la paz será mediante "una reconciliación interna por el sendero de la democracia". Segundo, que el llamado "conflicto Este-Oeste" ha llegado al istmo "como consecuencia del camino que decidió tomar el Gobierno de Nicaragua". Y la conclusión que sigue es clara: es el régimen sandinista, por su decisión de establecer un sistema totalitario, el responsable de la guerra civil que agobia a Nicaragua, de la ausencia de paz en Centroamérica, y de las connotaciones globales que ha tomado la crisis regional. Es este régimen el que "no ha querido estrechar la mano fraterna de Contadora" y, así, ha frustrado la acción de lo que Arias califica como "un foro para ayudar a los Estados centroamericanos a robustecer su democracia y sus libertades". Y es también esta Nicaragua totalitaria y guerrillista la que acusa a Costa Rica en La Haya, como parte de una maniobra propagandística.

No tiene el mismo temple el discurso cuando se refiere a cómo lidiar con el problema nicaragüense. El presidente Arias pone en el diálogo una fe que los sandinistas se han encargado reiteradamente de burlar. Su otra propuesta, una alianza democrática, aunque más realista, será poco eficaz si no va acompañada de formas directas de presión sobre los comandantes.

Pero a pesar de esto, y de la actitud idílica y complaciente hacia Contadora, la parte del discurso dedicada a Centroamérica es clara, valiente y muy apegada al sentir costarricense.

Luego del problema centroamericano, sigue una

miscelánea temática de altura retórica desigual, ciertos lugares comunes, otros que no lo son tanto, y algunas frases que sólo se explican como elementos para neutralizar un tanto el "shock" que la claridad sobre el istmo y la defensa apasionada de la libertad han de haber producido en múltiples miembros de la "mayoría automática" de la Asamblea.

La necesidad de contemplar el problema del desarrollo no sólo desde el punto de vista financiero —o, más estrechamente aún, de los bancos acreedores—, la urgencia de un trato más flexible hacia los deudores y el imperativo de crecer económicamente para estar en capacidad de asumir las obligaciones, son conceptos de gran fuerza y propiedad incluidos en el discurso. En relación con ellos, sin embargo, se comete el error de hablar del Tercer Mundo como una entidad uniforme, con problemas comunes, y se afirma incluso —cosa que desmienten constantemente las autocracias africanas— que "se ha consagrado a consolidar sus esquemas de libertad política". También se deja de lado en este cuadro que, así como hay países que han afrontado sus problemas económicos con responsabilidad y cambios internos necesarios, otros han optado por más demagogia y, por tanto, más atraso. Exigir igualdad de condiciones para ambos es un error que, incluso, va a contrapelo del compromiso con la libertad.

También en el campo del desarrollo, el Presidente se manifiesta a favor de la multilateralidad y en contra de las "agencias que se presten para favorecer a unos pocos países o favorezcan fórmulas únicas de desarrollo". Ciertamente la discriminación es inconveniente. Pero se olvida que si de algo han padecido los organismos de desarrollo de Naciones Unidas en el pasado ha sido, precisamente, de una actitud poco rigurosa en cuanto a planes de desarrollo, de no diferenciar entre dictaduras y democracias, y de una tendencia "desarrollista" que, así como ha conducido a aliviar hambres, dar techo o mejorar cultivos, también ha creado burocracias escleróticas y proyectos que se diluyen en la impotencia o las distorsiones económicas inconvenientes.

Condenas al terrorismo, las drogas, la discriminación racial; apoyo a la reconciliación entre las dos Corea, la independencia de Namibia y la liberación de Campuchea y Afganistán; referencias al desarme y los esfuerzos de paz en el Medio Oriente, están también entre los temas mencionados por el discurso. En general, lo que se dice sobre ellos responde a aspiraciones compartidas. Pero también hay afirmaciones que son aventuradas o simplistas.

El presidente Arias, por ejemplo, dice propiciar "toda iniciativa de desarme", olvidando que muchas de ellas son simples elementos propagandísticos de la Unión Soviética; también apoya "todos los esfuerzos de las Naciones Unidas que buscan la paz en el Medio Oriente", cuando algunos han sido sumamente parciales en contra de Israel.

Hubiéramos preferido que todos estos temas o se eliminaran en parte, o se aclararan de manera más explícita. Ello es una falla del discurso que, sin embargo, no oscurece lo medular: el que un Presidente libremente electo por su pueblo, representante de un país donde se respetan los derechos humanos y se practica la paz, ocupe el podio de la Asamblea General de Naciones Unidas para poner el problema centroamericano en una perspectiva democrática, liberal y valiente.

En la batalla internacional de la diplomacia y la comunicación, el discurso se convierte así en un avance. Resta ahora sustentarlo y ampliarlo con una acción consistente y tenaz en política exterior.